

Reseña del Libro *Sor Juana en la rueda voluble del tiempo*,
Ciudad de México, Universidad del Claustro de sor Juana, 2004,
378 pp.

ISBN: 978-607-7853-28-2.

María José Rodilla León

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa
Ciudad de México

El libro *Sor Juana en la rueda voluble del tiempo*, editado por Sara Poot Herrera y Antonio Cortijo Ocaña abarca dieciséis excelentes trabajos y un prólogo de los editores donde se explica el título y se describen los diversos trabajos que conforman el volumen. Abre el volumen un magnífico e ilustrativo ensayo de Ma Dolores Bravo sobre la historia de la Ciudad de México, desde sus orígenes míticos como capital del Imperio Mexica hasta la época de plenitud en tiempos de Sor Juana. A manera de entradas, como las de los diaristas Guijo y Robles, rellena casi todo un alfabeto con asuntos concernientes a la ciudad, que le dan un aspecto universal y enciclopédico: la población; las catástrofes naturales, donde consigna el primer terremoto del que se tiene noticia en 1455; las construcciones importantes, como la calzada de nuestra Señora de Guadalupe; los puestos ambulantes; los poderes civil y religioso; la carestía y los motines; la picota; los milagros y la vida religiosa en la ciudad; la muerte, los autos de fe y el condenado Martín Garatuza; ajusticiamientos de sodomitas y otros apestados sociales hasta acabar en la letra O con los espacios de Sor Juana, una especie de topografía biográfica: la casa de los Mata, la corte de los virreyes marqueses de Mancera, el convento de San José de las Carmelitas descalzas, el convento de San Jerónimo, hoy Universidad del Claustro de sor Juana, entre cuyas paredes “se respira la presencia de la poeta”. En palabras de Dolores: “Es un homenaje viviente a la Fénix de México” y a ella debemos la publicación de esta obra que presentamos.

Las calles, puentes, albarradas y acequias son también el contexto en el que Guillermo Schmidhuber sitúa a la familia de Sor Juana desde que pasaron de Canarias y Andalucía a las Indias y localiza las casas de algunos familiares en las calles de Monte Alegre, De la Pila Seca y Donceles. Igualmente, descubre los asentamientos alrededor del convento de San Jerónimo, como el edificio de la casa de la marquesa de Selva Nevada, que hoy es el restaurante Zéfiro del Claus-

tro de Sor Juana, y algunas calles relacionadas con la vida de nuestra poeta: La puente de San Francisco, donde vivió con los Mata o la casa de Don Fernando de Deza Ulloa, en la antigua calle de la Profesa, donde, según Sara Poot, se escenificó la comedia *Los empeños de una casa* el 4 de octubre de 1682; el Palacio Real, en el Zócalo y calle Moneda, cuando vivió con los marqueses de Mancera y en uno de cuyos salones se representó *Amor es más laberinto*, el 11 de enero de 1689, con motivo del cumpleaños del virrey conde de Galve y varios lugares más que nos van indicando los pasos de sor Juana por la ciudad donde pasó “casi dos terceras partes de su vida”.

De los espacios reales pasamos a los espacios simbólicos y teatrales con los tres artículos que se ocupan de las fiestas novohispanas: el de Judith Farré dedicado a las entradas de virreyes y arzobispos y a los arcos de triunfo como puerta de bienvenida a los nuevos mandatarios, que, “como un espejo de príncipes, proyectan en clave simbólica las esperanzas depositadas en el buen gobierno del nuevo virrey”. Farré recurre a ciertos documentos efímeros al margen de las relaciones de fiestas y de la información de los diarios que pueden arrojar más luz a “los procesos de diseño y prevención del fasto”, como el papel de pago de 200 pesos a Sor Juana como responsable intelectual de la idea iconográfica de su *Neptuno alegórico* y algunos más, tales como *posturas y remates*, o sea, contratos con los pintores, encargados de llevar a cabo la fábrica del arco, cuyo proceso se iniciaba con el anuncio de la convocatoria, se contrataba al mejor postor, es decir, al más económico, quien, a su vez subcontractaba a sus ayudantes y debía cumplir con los tiempos de entrega, así como con la montura y desmontura de la estructura del arco. Todos estos documentos, encontrados por Farré en la Biblioteca Cervantina del Tecnológico de Monterrey, aportan datos muy interesantes para la materialidad de la arquitectura efímera y para las tareas de su ejecución.

El de María José Rodilla en “De arcos, certámenes y lamentos en la capital novohispana” se dedica a los ámbitos culturales ciudadanos en los que se movió Sor Juana: en la naturaleza acuática de la ciudad lacustre y sus problemas de inundaciones tratados por varios poetas hasta llegar a su *Neptuno alegórico*; en el de la Universidad, tras bambalinas, por su participación en las fiestas; en el teatro áulico y en los certámenes poéticos y su relación con otros poetas coetáneos.

El tercero es el de nuestra añorada María Águeda Méndez, que también aborda los arcos de bienvenida al virrey Marqués de Mancera, en la catedral de Puebla, 1664, donde se compara con Perseo y en el que se depositan las esperanzas de restauración del reino de la Nueva España; el otro arco analizado es el dedicado a fray Payo Enríquez de Rivera, 1674, a quien se compara con el dios Pan con la intención de magnificarlo; la relación se llama *Pan mystico, numen symbolico, simulacro político* y en ella se resalta la “Preocupación por cuidar a los más débiles. Por supuesto, como homenaje a Sor Juana, María Águeda también analiza el *Neptuno alegórico*, en el que campea la hipérbole “en el plano del poder tanto como en el de la alegoría”.

En “Sor Juana Inés de la Cruz en sus portadas (y algunos epígrafes)”, Francisco Ramírez Santacruz revisa las cuatro décadas en las que se publicó su obra y la recepción que tuvo la misma. A través de la historia que cuentan las portadas y los epígrafes descubrimos a la joven promesa invitada por Diego de Ribera para celebrar la dedicación de la catedral con un soneto, cuyo epígrafe reza: “De doña Juana Inés de Asuaje, glorioso honor del Mexicano Museo”. En los setenta aparece su primera firma de autora en letra manuscrita debajo de la dedicatoria: Juana Inés de la Cruz, a secas, sin Sor ni Madre, pero en los *Villancicos de la Asunción* de 1679: “Escribálos la Madre Juana Inés de la Cruz”. En la década de los ochenta, firma con el pseudónimo Juan Sáenz del Cauri en el certamen poético de 1683. En 1689, se publica en España *Inundación castálida* y esta vez aparece Soror y no Madre, además de elogiar su arte poético en el mismo título y el nombre de la Ciudad de México, con lo cual había trascendido lo local. A partir de 1690, se van proporcionando más datos biográficos, contadora del convento; al igual que sobre la virreina condesa de Paredes, “singular Patrona y Aficionada de la M. Juana”, quien la promueve en la península. En fin, un recorrido interesantísimo con agudas observaciones el de Ramírez Santacruz.

Jorge Gutiérrez Reyna explora tres niveles de la obra de Sor Juana: como autora novohispana, cuya tinta corría al servicio de la iglesia y del estado, al igual que sus coetáneos Diego de Ribera, Carlos de Sigüenza y Góngora, Juan de Guevara, Francisco de Acevedo, Alonso Ramírez de Vargas, entre otros; como autora áurea en diálogo con Góngora, Quevedo, Lope y Calderón y como autora universal de una poesía filosófica. Pero sobre todo aporta noticias muy interesantes sobre las dos composiciones recitadas por actores a los pies de los arcos: el de Sigüenza y el de Sor Juana que luego se imprimieron como *Panegírico y Explicación sucinta*, respectivamente, así como sobre el soneto dedicado por la madre Juana al sabio criollo: “Dulce, canoro cisne mexicano” y sobre las 32 autocorrecciones autógrafas de la monja jerónima al ejemplar del *Neptuno alegórico* conservado en la Biblioteca Nacional de Chile.

Blanca López de Mariscal se encarga de la retórica del elogio tanto en los versos de sor Juana como en las plumas que le prodigan fama a la Décima Musa por su precocidad, afán de aprendizaje y su inteligencia excepcional, contenidos en *Fama y Obras póstumas*, pero también hay elogios por su belleza, ingenio, agudeza, talento, constancia y fortaleza.

Dos artículos más relacionan a Sor Juana y la filosofía. El primero, de Mauricio Beuchot, explora las corrientes de pensamiento que confluyen en su obra: la escolástica, sobre todo, el tomismo en su obra *Primero sueño*, el hermetismo, también en *Primero sueño*, con el tema de la Torre de Babel, el del sueño y la idea del microcosmos y el racionalismo cartesiano, que pudo haber conocido por su coetáneo Sigüenza y Góngora. El otro, de Rómulo Ramírez analiza el poema “Finjamos que soy feliz” como un argumento filosófico, a la luz de la hermenéutica, en el que alude al “gemebundo Heráclito y el risueño

Demócrito” y “muestra la imposibilidad de alcanzar la felicidad por la vía del conocimiento”.

Después de los artículos filosóficos, vienen otros tres que se dedican a aspectos biográficos o autobiográficos de la ilustre jerónima y a personalidades que convivieron en su entorno, a partir de unos romances que proponen ciertas pistas: Laura Yadira Munguía analiza el “Romance en reconocimiento a las inimitables plumas de la Europa” como un diálogo entre sor Juana y sus lectores de todos los tiempos y como una suerte de autobiografía de la monja porque “es una reflexión sobre sí misma que nos lleva a repensarla y revalorarla”, al mismo tiempo que agradece a sus admiradores europeos en un tono humilde por sus elogios desmesurados. ¿Afectada modestia o sinceridad y autenticidad? Se muestra ajena a los aplausos, no se considera ni Fénix ni Décima Musa sino un ser humano en vías de conocerse a sí misma.

Sobre el confesor jesuita de Sor Juana, el P. Antonio Núñez de Miranda, y la ruptura con el mismo trata el ensayo de Marie-Cécile Bénassy, quien contextualiza la situación del confesor dentro de la Compañía y su prestigio en la ciudad, además de la hagiografía que hizo Juan Antonio de Oviedo sobre el P. Núñez. Amigo secreto de sor Juana, Oviedo, así como su tío el conde de la Granja, tenían una gran afición por la monja. Bénassy deja en el misterio la verdadera conversión de sor Juana.

El ensayo de Beatriz Colombi nos ilustra sobre un juego cortesano “suertes de damas y galanes” o “suertes de Año Nuevo”, en el que se sorteaban las parejas y a cada dama le tocaba un galán de acompañante en la velada. El de sor Juana fue el escribiente Francisco de las Heras, a quien le dedicó el romance 36, burlesco y jocosos para unos y frívolo para otros. Colombi, en cambio, lo ve como parte de un conjunto de poemas de ocasión que dialogan con miembros del ambiente cortesano y se dedica a ver el espacio de acción del secretario de los marqueses de la Laguna, un *homo politicus*, consejero o ministro, que siempre guardó el secreto en sus funciones y demostró una confianza plena al virrey, sin embargo, era de naturaleza violenta y hubo de regresar anticipadamente a España por orden del rey, según las cartas del virrey que aduce Colombi para desenmarañar el misterio de su viaje.

Verónica Grossi propone una lectura de los *Enigmas* dedicados a un público femenino, que reconfigura “el papel de la mujer dentro de la retórica petrarquista bajo una dimensión gnoseológica innovadora”. Las monjas portuguesas, la condesa de Paredes y la duquesa de Aveiro reconstruyen los enigmas en forma de juego y de reescrituras creativas abiertas a múltiples descodificaciones y a contracorriente de las fórmulas petrarquistas que describen a la dama. Grossi recurre a la crítica anterior y plantea los *Enigmas* como parodia de los libros y sus preliminares con romances-dedicatoria, licencias en décimas, censuras en prosa; como homenaje poético a sor Juana, en el que participa hasta la misma exvirreina con un romance y los demás poemas de las monjas son, a decir de Grossi, “un círculo de cantos laudatorios, celebratorios, en torno al tesoro de su amistad” y,

por último, es una poesía emblemática, didáctica y audiovisual. Las redondillas son alegóricas, como el *Neptuno* y el *Sueño* y son “un viaje repetido hacia el saber, convertido en juego y desafío, por la música de la poesía”.

El oro de las Indias inspira el artículo de Jorge Téllez “¿Cuánto vale sor Juana?” que estudia la relación de la escritura, el valor literario y el valor económico de la obra de la jerónima. Analiza las relaciones del mecenazgo de la virreina María Luisa Manrique de Lara, quien le encargó el *Neptuno* por el que le pagaron 200 pesos; la metáfora “oro de Indias” como vehículo de explicación del valor de sor Juana y de su obra, de la que en 1725 se habían tirado 22 mil ejemplares; su vocabulario financiero, como apunta Sara Poot: “créditos, intereses, cobros, deudas, pagos, costos, cuentas”, así como la presencia de las matemáticas y la economía; y las condiciones materiales de su escritura, incitan al investigador a que “para seguir estudiando a sor Juana, es importante seguir el oro”.

Cierra el volumen una exhaustiva investigación de unas 50 páginas de la editora y especialista sorjuanista, Sara Poot Herrera, quien realiza un estado de la cuestión sobre el autor del prólogo de la *Inundación castálida*. Usualmente atribuido al secretario de los exvirreyes, Francisco de las Heras o a Juan Camacho Gayna, Poot, a través de una ardua búsqueda, baraja otros nombres que aparecen en las portadas del *Segundo volumen de las Obras* publicado en Sevilla y de *Inundación*: Pedro Juan Bogart, anagramista valenciano que llamó a Sor Juana “única reyna de la poesía” y Lorenzo Ortiz, jesuita sevillano que dio su parecer y que repasó y examinó el volumen manuscrito que trajo la virreina al gaditano Puerto de Santa María y con cuya lectura se le “pasmaron las potencias” y se le “quedaron los sentidos en gustosa elevación”. Después de una extensa información bibliográfica de las obras y las traducciones del sevillano, destaca su interés por las citas textuales para apoyar sus ideas, por usar la estrategia de diálogo entre maestro y discípulo, por prologar sus libros y traducciones y por dirigirse continuamente al lector amigo, curioso o discreto en los prólogos y dedicatorias, además de la pasión de sus temas sobre el arte de escribir, de hacer libros, la teoría y la práctica de la escritura. Por último, concluye con la propuesta de que el prólogo de *Inundación castálida* se debe a Lorenzo Ortiz después de haber alegado razones convincentes del *usus scribendi* de este autor en sus propios prólogos y en el de la recopilación de la obra de sor Juana.

Y para finalizar, recomiendo a los lectores, no consuman “la vida en vanidades” y acérquense a leer este variado y rico tesoro sobre sor Juana y su contexto histórico, festivo, literario y económico.